

# MEDIOEVO ROMANZO

RIVISTA QUADRIMESTRALE

DIRETTA DA D'ARCO S. AVALLE, FRANCESCO BRANCIFORTI, GIANFRANCO  
FOLENA, FRANCESCO SABATINI, CESARE SEGRE, ALBERTO VARVARO

VOLUME VIII · 1981-1983

SOCIETA EDITRICE IL MULINO BOLOGNA

Los prototipos latinos de (esp. ant.) *avuelo* ~ *avuela*,  
*ayo* ~ *aya*, (port. ant.) *avoo* ~ *avoa*, (francés) *äieul(e)*

Nadie duda en serio de que *abuelo*, *-a* y sus congéneres (port. *avô*, *-ó*, fr. *äieul*, *-e*) enlazan, de una manera u otra, con la familia léxica de AVUS (var. AVOS y, en el Appendix Probi, también AUS) 'abuelo paterno o materno', de modo que, en el fondo, el problema etimológico ya está resuelto; el hecho de que *äieul* significa no sólo 'abuelo', sino también — a decir verdad, cada vez más — 'antepasado', sobre todo en plural (*äieux*), no es ningún óbice a la tal hipótesis. Sin embargo, el enlace exacto entre la forma (o las variantes) de la voz latina, tal como queda documentada en la Antigüedad clásica, y el corpus de las formas romances medievales, para no decir nada de las modernas (ora literarias, ora dialectales), está muy lejos de quedar aclarado con correspondencias tan escuetas. La nota que sigue no aspira a poner en duda el sesgo general del pensamiento dominante, pero sí a reducir el margen de lo nebuloso, acercando así la especulación etimológica — que, casi por definición, corre ciertos riesgos — a la labor más sólida de quienes cultivan la gramática histórica y, más allá de su terreno estrecho, la diacronía lingüística.

La información que proporcionan los libros de consulta a que acude de ordinario el lego no despiertan en él la más leve sospecha de que sigue figurando en nuestras ecuaciones un residuo de problemas todavía no resueltos; faltan en absoluto adverbios como «talvez», «probablemente» y sus afines. Así, V. García de Diego, quien en 1955 ya tenía a la vista el primer tomo del *Diccionario crítico etimológico* (= *DCE*) de Juan Corominas, declaró en su propio *Diccionario etimológico español e hispánico*, pp. 7a y 7b, que *abuela* 'madre de un padre' [es decir, 'del padre o de la madre'; = alem. *Elternteil*] descendía del lat. AVIOLA, mientras *abuelo* 'padre de un padre' representaba un reflejo de \*AVIOLUS. El propio Corominas, en la 2ª ed. (1963) de su *Breve diccionario* — es decir, ya teniendo a su disposición todas las reacciones críticas al *DCE* —, eligió como lema *abuela*, «del latín vulgar AVIOLA 'abuelita', diminutivo de AVIA 'abuela'», supeditándole jerárquicamente *abuelo*, a pesar de que, en la escala de la

cronología absoluta de atestaciones, el masculino (año 1055: *abolo*) precediera al femenino (año 1241). *Abuelo*, afirmó el filólogo barcelonés, «no tiene relación directa con el masculino lat. AVUS, cuyo diminutivo hubiera sido \*AVULUS». Para terminar, la Real Academia Española, en la 19ª edición — cuidadosamente revisada — de su *Diccionario*, sacó *abuela* (p. 9b) del lat. \*AVIOLA, derivado de AVIA, mientras extrajo *abuelo* de *abuela* y no de una base latina (p. 9c) <sup>1</sup>.

No debe extrañar que, al parecer de varios eruditos, *abuelo* se haya amoldado a *abuela*, y no al revés, ya que — pese a las jerarquías sociales, económicas y jurídicas — en el mundo de la imaginación infantil, es la abuelita que descuella, máxime en los países de habla española. Disponemos de una bella prueba independiente de ello, que nos proporciona la paremiología. En efecto, varios refranes españoles (o, por lo menos, algunas frases familiares) conceden un lugar aparte a la abuela, a veces con una fuerte dosis de ironía, p.ej. *Cuéntaselo* (o: *que se lo cuente*) a su *abuela* (Academia: 'con que se niega o se pone en duda lo que alguno refiere como cierto'); *éramos pocos y parió mi abuela* (Academia: 'aumenta de un modo inoportuno la concurrencia de la gente donde ya hay mucha'); *no necesitar* (o: *tener*) *uno abuela* (Academia: 'con que se censura el que se alaba mucho a sí propio'). No conozco ninguna contraparte, cualquiera que sea su tono, que dé igual importancia al abuelo. Además, no creo que se trate de un caso aislado; a juzgar por varias circunstancias, *novia* abrió el camino a *novio* (y lo mismo seguramente se produjo en portugués, donde *noiva* debió de preceder a *noivo*). Se pueden alegar paralelos entresacados de otras culturas: al. *Erzählen Sie das Ihrer Großmutter!* '¡Cuénteselo a su abuela!'; ruso *Vot tebe, babuška, i Iur'ev deñ!*, etc.

Lo que demuestra la documentación filológica resumida por los latinistas más autorizados <sup>2</sup>, es que el derivado más impor-

<sup>1</sup> Esta decisión es notable, porque los académicos de actitud marcadamente conservadora, en general, tienden a extraer el femenino del masculino y no al revés, aun cuando la lógica no sugiere tal *modus operandi*. Así, según ellos los hablantes derivaron *combuerza* 'concubina, amante de un hombre casado' del rarísimo *combuerzo*, idea que no corroboran los hallazgos etimológicos. Discuto este problema detenidamente en mi contribución (en prensa) al *Homenaje a Alvaro Galmés de Fuentes*.

<sup>2</sup> Me dejo guiar por la 4ª ed. del *Dictionnaire étymologique de la langue latine* de A. Meillet y A. Ernout (París 1959-60) — no hay ni agregados ni correcciones por parte de Jacques André en su Suplemento (1979); y por el *Latei-*

tante de AVUS, a saber AVUNCULUS, desde el primer momento siguió rumbo aparte en lo semántico, significando 'tío' (en un principio, solo 'hermano de la madre'; luego, en el nivel cronológico del romance, ya generalizado — testigo el fr. *oncle*, que hizo una carrera extraordinaria, penetrando en el léxico de dos lenguas germánicas: ingl. *uncle*, al. *Onkel*)<sup>3</sup>. Desde luego, tal especialización neta le impidió prestar servicio como equivalente de 'abuelito'. En la lengua íntima del hogar debieron de existir varias formas hipocorísticas; pero da la casualidad que no se han conservado en los textos. El onomástico latino sí conserva los "cognomina" AVOLUS y aún AVIOLA, copiosamente documentados (mientras es dudosa la variante de éste en -LUS)<sup>4</sup>; pero no hay prueba de un estrecho enlace etimológico entre aquellos nombres propios y el sustantivo AVUS cuyas peripecias nos ocupan. De todos modos, los diminutivos AVULUS y AVIOLUS, igual que sus equivalentes femeninos que aducen los lexicógrafos, deben andar precedidos de un asterisco.

La piedra angular de cualquier nuevo examen de la familia léxica en cuestión es la anomalía de que, en este sector particular del léxico, le corresponda a un masculino en -US un femenino no en -A, sino en -IA. Se trata de un arcaísmo y plebeyismo sin duda muy arraigado en latín, pero que, sin embargo, provocaba periódicamente rebeliones, por parte de hablantes adultos y, muy verosíblemente, también de niños, ya que este modelo estaba en desacuerdo neto con el comportamiento gramatical de la gran mayoría de los adjetivos: BONU(S) ~ BONA, MALU(S) ~ MALA, así como de nombres de animales: LUPU(S) 'lobo' ~ LUPA 'loba', etc. No carece de importancia el hecho de que AVUS y AVIA figuren ambos en el léxico plautino, ya que la lengua de las comedias de Plauto presumiblemente hace juego con la que llevaron los legionarios romanos a la península ibérica durante los decenios de la conquista. Pero tampoco deja de ser notable la circunstancia de que existe prueba documental de varias tentativas que hicieron

*nisches etymologisches Wörterbuch* de A. Walde y J. B. Hofmann, t. I (Heidelberg 1938), pp. 88 y s. del fascículo en cuestión ya salió en 1930).

<sup>3</sup> Como observan los indo-europeístas, de tal división semántica se puede inferir cierta vaguedad del significado del prototipo. Lo resume todo con acierto Meillet: «AVUS... n'était pas d'abord l'un des noms de parenté indiquant une situation nettement définie».

<sup>4</sup> Para los tres antropónimos mencionados más arriba véase el *Thesaurus Linguae Latinae*, t. I, cols. 1431 y 1471; he aquí el informe que nos da sobre *Aviola*: «cogn. vir. gentium Aciliae et Calpurniae; accedunt etiam aliae».

los hablantes por librarse de la asimetría aludida. Así los diccionarios registran una variante epigráfica AVIUS 'abuelo', que muestra una nivelación en favor de AVIA; pero tampoco falta un ajuste en dirección opuesta: así en el latín tardío, ya eclesiástico, de Venancio Fortunato aflora la variante AVA. Las formas en -IA, por chocantes que fuesen para ciertas categorías de hablantes, no se extinguieron temprano, ni mucho menos. Pruebas de su larga supervivencia son las huellas que dejaron en los romances no solo AVIA, sino también ATAVIA 'tatarabuela' (frente a ATAVUS). De notable importancia es la génesis de \*NEPTIA en el habla latina de Galia, en vez de NEPTIS según la norma del latín clásico; a esta innovación se remonta el familiarísimo fr. *nièce*, que terminó por triunfar también en inglés en las postrimerías de la Edad Media. Ya tuvimos ocasión de mencionar, como innovación muy feliz, a *novia*; a su zaga, si no me engaño, brotó, con completa simetría, *novio*. Por último, me atrevo a proponer que una voz medieval de origen muy reñido, esp. ant. *combrueça/comblueça* (y últimamente *combleza*) así como su equivalente en portugués antiguo, *comborça* 'concubina de un hombre casado', se extraiga de un tipo hipotético \*CONVORTIA, acuñado en elocuente contraposición a DĪVORTIUM (actuando -VORT-, en ese contexto, como variante arcaica de -VERT- 'cambiar de dirección')<sup>5</sup>. Por si surge una duda en lo que atañe al significado, conviene tener presente la metáfora que justifica *alliance* y *liaison* en francés.

¿Cómo se dirigirían los niños a sus abuelos en el ambiente hispanolatino? Pues, dado el aludido uso de AVUS al lado de AVIA en las comedias plautinas, es natural que se les enseñase a acudir ora a estos términos de parentesco, ora, en tono más afectivo, a sus equivalentes hipocorísticos: \*AVOLUS, acentuado en la *a*, frente a \*AVIOLA, acentuado en un principio en la *i*, luego en la *o* (compárese el conocido trueque de acento en FĪLĪOLU > lat. vulg. FĪLĪÓLU > esp. *hijuelo*, it. *figliuolo*, fr. *filleul*, etc.). Ahora bien:

<sup>5</sup> Para los detalles, remito al lector curioso a un trabajo mío recién publicado: «Problems Surrounding the Romance Numerals 'One' Through 'Ten'», en *Proceedings of the Tenth-Anniversary Symposium on Romance Languages* (Seattle 1981), pp. 1-23. Consúltense por añadidura dos artículos todavía en prensa: «Etymology: New Thoughts About Possibilities for its Rejuvenation», para salir en la *Miscellanea G. B. Pellegrini* que prepara en la actualidad la Editorial Pacini de Pisa; y «Para el marco histórico de *comborça/combrueça* 'concubina'», escrito para el *Homenaje a Alvaro Galmés de Fuentes* que ha organizado la Universidad de Oviedo (véase, arriba, la n. 1).

en pocos idiomas la nivelación léxica de la serie masculina y femenina ha progresado tanto como en español y en italiano. Mientras el francés tolera *oncle* frente a *tante* (antiguamente *ante*, que se conserva en inglés como *aunt*), el italiano muestra simetría perfecta: *zio/zia*, comparable al orden ejemplar que reina en español: *tío/tía*, con paralelo exacto en portugués. A la discrepancia *frère/sœur* del francés se opone la armonía *hermano/hermana* del español (el toscano quedó a medio camino, aprovechando por lo menos el mismo sufijo afectivo: *fratello/sorella*). Contra la escisión *neveu/nièce* del francés se rebelan en curiosa alianza las parejas *nipot-ino/-ina* del italiano y *sobrino/sobrina* del español, correspondiendo esta última a *sobrinho/sobrinha* del portugués; además tienen las lenguas lusohispánicas una molécula más de esta índole, *nieto/nieta* (port. *neto/neteta*)<sup>6</sup>. Corren parejas esta tendencia a la polarización lo más nítida posible (sólo *yerno/nuera*, *genro/nora* siguen oponiéndose a ella) y la decadencia del sufijo -IA, femenino por excelencia en nombres de seres humanos y de animales (nótese *perro/perra* frente al *cane/cagna*, es decir, CANE/\*CANIA, del italiano, y al *cachorro/cadela*, del portugués del Brasil; también ha desaparecido el tipo \*CĒRVIA en beneficio de CĒRVA > *cierva*), a no ser que los hablantes hayan generalizado la /j/, como en *novio/novia*, port. *noivo/noiva*, y quizás en el zoónimo *corzo*, -a.

Dado tal estado de cosas, es natural que se hayan producido tentativas de nivelación en idiomas estructurados como el español y el italiano. En esta última lengua todo pasó muy apaciblemente, generalizándose el esquema acentual del masculino: *avolo/avola*, con el acento en la *a*; es cierto que esta pareja terminó por quedar en la sombra de *nonno/nonna*, de NONNU 'persona anciana', palabra de configuración expresiva o infantil que sobrevive — independientemente — en español como *ñoño* (alteración de \**noño*) 'chocho, lelo, memo'<sup>7</sup>.

<sup>6</sup> Tómese en cuenta también *cuñado/cuñada*, frente al fr. *beau-frère/belle-sœur*, y *primo/prima*, frente al alem. *Vetter/Cousine* (en lo antiguo, *Base*).

<sup>7</sup> Me parece instructivo que *soso* (convertido posteriormente en *zonzó*, ante todo en el español del Nuevo Mundo), descienda, por conductos normales y con aféresis nada excepcional, de INSULSUS, lit. 'carente de sal' — en un principio término meramente culinario o gastronómico. El cambio de *soso* en *sonso* se debe a falsa restitución, cf. arag. *onso* 'oso', de ūrsu, y la graffa con *z* (o *ç*, en un período anterior) es puro capricho, a no ser que se trate de afectación. Tan pronto como se produjo la forma *soso*, por separación del prefijo sugerida, si no me engaño, por toda clase de analogías (*entercar* ~ *terco*, etc.), los hablantes

En cuanto al español, estamos frente a un dilema difícil: la alternativa de postular, para las postrimerías de la Antigüedad, \*AVIOLU/\*AVIOLA (lo cual es la opinión dominante) o presuponer, con cierto atrevimiento, un tipo más conjetural, a saber \*AVÓLUS/\*AVÓLA.

Si cambiamos radicalmente de perspectiva y nos preguntamos cuál hubiera sido el producto «ideal» de la pareja reconstruida \*AVIOLUS, -A, la respuesta, pese a la opinión contraria de las autoridades invocadas en las primeras páginas de esta nota, forzosamente ha de ser: de todos modos no *avuelo*, -a en español antiguo y clásico, ni mucho menos *avô/avó* en portugués, basados estos últimos en *avoo* y *avoa*, respectivamente. Da la casualidad que estamos muy bien enterados del desarrollo del nexos CONSONANTE LABIAL + yod en los dialectos peninsulares, en lo que concierne al acopio de los datos, quedando empero por aclarar muchas veces la interpretación de los cambios sucesivos. Si nos atenemos a la opinión de Menéndez Pidal, tal como la dejó formulada en la última revisión (1941) de su *Manual de gramática histórica española*<sup>8</sup>, existen dos trayectorias de /vj/ y /bj/, una — enteramente popular, pero, por curiosa paradoja, representada muy escasamente — que lleva a la caída de la *v* (o *b*) latinas y que se vislumbra en *hoya*, si es que procede de FOVEA; en la variante *royo* de RŪBEU 'rojizo' que asoma ante todo en topónimos (p.ej., *Peñarroya*); y quizás en el subj. pres. (*h*)aya de *aver* > HABĒRE<sup>9</sup>. La otra se puede inferir de formas al parecer semicultas, con la conservación de la *v* o *b* latina como *v* en español medieval, así: *gavia* < CAVEA, *lavio* < LABIU, *lluvia* < PLŪVIA, *rabia* o *ravia* < RABIE, \*-IA; *rubio* o *ruvio* < RŪBEU<sup>10</sup>. Andando así las cosas — a decir

situaron la voz en la serie infantil o caricaturesca *lelo*, *chocho*, *nene* (en lugar de *niño*), *papa* > *papá*, port. *vovô*, marcada por reduplicación formal y la adquisición de un significado más cariñoso o chistoso. La intercalación secundaria de la *n* no cambió el rumbo que seguía la voz. Para más pormenores, véase mi nota: «Dos voces hispanoamericanas: *zonzo* y *secaute*», en *Simposio internacional de lengua y literaturas hispánicas* (Bahía Blanca 1980), pp. 229-235.

<sup>8</sup> Véase el § 53-1 del *Manual*. Para *haya* el autor favorece como punto de partida la variante HAJA del latín vulgar (§ 116-2); pero ¿no es esta forma sencillamente un testimonio (es cierto, muy antiguo) de (*h*)aya y, por lo tanto, prueba de una fecha marcadamente temprana del cambio en cuestión?

<sup>9</sup> Me ocupo de numerosas ramificaciones del problema, en que no puedo detenerme aquí (contraste entre esp. *savia* y port. *saiva/seiva*; vestigios de la var. *ruyo* 'rubio' en Juan Ruiz; etc.) en un estudio anterior, de orientación dialectológica: «The Five Sources of Epenthetic /j/ in Western Hispano-Romance: A Study in Multiple Causation», *HR* 37 (1969): 239-275.

<sup>10</sup> En cuanto a detalles de ortografía medieval, destaco la circunstancia de

verdad, de manera poco satisfactoria —, Menéndez Pidal por poco las enreda todavía más (pero nótese la cautela que preside su formulación), agregando, al aludir al presunto grupo semiculto: «*abuelo* [es decir, *avuelo*] pudiera ser simplificación de triptongo de un *\*aviuelo* primitivo, [\*]AVIOLU». ¡Vaya una forma fácil de pronunciar para unos nenes de dos años! — para no decir nada de lo ilusorio de casi todos (o quizás todos) los triptongos reconstruidos para el español preliterario. Con el desarrollo "semiculto" enlazan exclusivamente las voces cuyo radical termina en *m*: *premio* < PRAEMIUM, *vendimia* < VINDEMIAM, a cuyo número podemos añadir, ya por cuenta nuestra, el neologismo *premia* 'presión, urgencia', acuñado en la Península partiendo del verbo *premir* < PRĒMĒRE. No me parece muy realista la sospecha de que los equivalentes del it. *nonno/nonna* o del ingl. (afectivo) *gramp(s)/granny* sean una pareja de voces semicultas, particularmente difíciles de pronunciar aun para un adulto <sup>11</sup>. En resumidas cuentas: mientras sigue siendo arriesgado elegir el producto "regular" de la base postulada, de ninguna manera pudo serlo *avuelo*.

Las dudas acerca del "realismo" de las reconstrucciones *\*AVIOL-US*, -A aumentan en lo que atañe al suroeste de la Rumania, tan pronto como se examina escrupulosamente el material portugués. Aquí se puede sentar sin el menor titubeo que los productos ideales de las respectivas bases postuladas hubieran sido, en lo antiguo, *\*aivoo* y *\*aivoa*; y en lo moderno, *\*aivô* y *\*aivó*, que son precisamente las formas que brillan por su ausencia. En efecto, al testimonio inequívoco de *ruivo* < RŪBEU se pueden agregar las siguientes ecuaciones diacrónicas: CAVEA > *gaiva* 'jaula', PLŪVIA > port. ant. y dial. *chuiva* > mod. *chuva* 'lluvia', lat. med. GUVIA > *goiva* 'gubia' <sup>12</sup>, siendo ya problema

que *ravia* era tan común como *rabia* y quizás represente mejor la pronunciación espontánea. Más notable es el hecho de que el diminutivo CAVEOLA esté representado por *cayuela* y (¿el lusismo?) *gayola*, siendo galicismo neto *jaula*.

<sup>11</sup> Prueba de la dificultad aludida es el conocido hecho de que, a partir del siglo XVI, en el habla rústica (y aun en niveles más elevados) haya predominado *-igüelo* en lugar de *-(h)uelo*. Ofrezco una documentación abundante de tal fenómeno en las notas a mi trabajo sobre *pihueta/pigüela* (término de halconería), que forma parte de mi monografía: *Studies in the Reconstruction of Hispano-Latin Word Families* (Berkeley y Los Angeles 1954); véanse las pp. 101 y s. (*aldegüela*, *Andregüela*, *carrigüela*, *corregüela*, *Lucigüela*, *Marigüela*, *matigüelo*, *parigüelas*, etc., frente a *Davi(h)uelo*).

<sup>12</sup> Me dejo guiar a esta altura del análisis por la esmeradísima gramática histórica de Edwin B. Williams, *From Latin to Portuguese*, 2ª ed. rev. (Filadelfia 1962; reimpressa en 1968), § 38; además, § 33.



secundario y, al parecer, independiente la conservación del diptongo *oi* (o *ui*) en algunas palabras y su reducción a un monoptongo en otras<sup>13</sup>. Cuando se trata de la vocal tónica *a* y la consonante que le sigue inmediatamente es ora bilabial ora labiodental, es de rigor que se forme, con la ayuda de la semiconsonante /j/ atraída al radical, el diptongo /aj/: RABIE, \*-IA > *raiva*; pres. subj. SAPIAM, -IAT > port. ant. *sabha* > mod. *saiba* (a diferencia del esp. *sepa*), así como el arribacitado *gaiva*. En cambio, tratándose, en la base original, de la misma vocal *a* pero de una consonante de otra categoría (p.ej. -r-, o -s-, o -ss-), surge la dificultad de que los hablantes se deciden, según las circunstancias (fecha, conducto de transmisión, carácter del material fónico contiguo, etc.) a veces en favor de *ai* y, casi con igual frecuencia, en favor de *ei*: así, al port. ant. *contrairo*, presumiblemente semiculto<sup>14</sup>, se oponen PRĪMĀRIU > *primeiro* 'primero' así como BASIU > *beijo* 'beso'. Nótese en particular que nada prohíbe al lusohablante recurrir al diptongo *ai* /aj/ en sílaba protónica, de manera que el ornitónimo *gaivota* corresponde al esp. *gaviota*, *paixão* (antiguamente *paixom*) a *pasión*, etc. Cualquiera que sea la perspectiva en que escudriñamos la pareja léxica *avô*, *avó*, se ve a las claras que no concuerda con las bases \*AVIOLU, -IA inferidas de un examen superficial y apresurado. Y como sería muy arriesgado sostener a todo trance que el español y el portugués, en aquel rincón particular de su léxico básico y patrimonial, hayan tenido distintos puntos de partida, parece lo más

<sup>13</sup> Donde, por un motivo u otro, surgió el grupo *ui* — muy atípico — en español, hacia fines de la Edad Media, los hablantes vacilaban entre varias soluciones: a) conservación de *ui* (vÖL-, vÖL-TURE > *buytre*); b) sustitución del diptongo raro *ui* por el diptongo comunísimo *ue* (*cueta* > *cueta*); c) cristalización del triptongo *uey* (dial. *bueyre*, etc.). En el paradigma verbal se mantuvo *fui*, para distinguir netamente la 1ª pers. sing. de la 3ª *fue* (el portugués logra el mismo efecto de manera diferente: *fui/foi*). En *buey*, en vez de *bue* (var. dial. *giie*) < bö(v)E, asoma la tendencia a evitar el diptongo *ue* en posición final de palabra, siempre a excepción de *fue*. Corrieron parejas la transformación de *bue* en *buey* y, dentro del sistema verbal, el cambio de *do* en *doy*, de *estó* en *estoy*, de *so* en *soy* y de *vo* en *voy*, mientras el portugués se contentó con *boi*, aceptando el -ou final por lo menos como desinencia verbal: *dou*, *estou*, etc. En portugués están en pugna RŪSSEU > *roixo* > *roxo* 'purpúreo' e INTROITU > *entruido* > *entrudo* 'fiesta del carnaval', por un lado; y, por otro, SALMŪRIA > *salmuira* 'salmuera'.

<sup>14</sup> De esta solución intermedia entre el *ai* rigurosamente culto y el *ei* popular me ocupó en un excursus (pp. 117-119) de la monografía sobre la descendencia de port. ant. *iguaria* 'golosina'; véase «The Etymology of Portuguese *iguaria*»,

sensato preguntarse qué voces de la lengua madre convendrían, a base de los aludidos criterios fonéticos, como prototipos satisfactorios para ambos idiomas — digan lo que dijeren los latinistas. La contestación es sencilla e inequívoca: AVŪL -US y -A, que ya hemos encontrado en territorio italiano (*avolo*, -a), pero con una chocante dislocación del acento (\*AVŌLUS), proceso a primera vista poco verosímil que convendría justificar.

Es preciso subrayar el hecho de que el análisis precedente está basado por entero en una suposición nada implausible, pero difícil de comprobar; a saber, que \*AVIOL-A y, a sua sombra, \*-US se desarrollaron en los romances como palabras indivisibles, es decir, que los hablantes eran incapaces de descomponerlas en a) raíces y b) sufijos de derivación después de la pérdida de AVIA y AVUS, respectivamente. La dificultad estriba en que nos falta cualquier indicio o agarradero seguro para determinar cuándo se extinguieron — mejor dicho, cuándo retrocedieron — en la Península los primitivos AVUS y AVIA. No disponemos más que de pistas secundarias, de solidez dudosa. Por ejemplo, si es lícito para el evolucionista sacar conclusiones históricas de la repartición geográfica de zonas léxicas, hay que admitir que AVIA ocupaba en la Edad Media (y, en parte, sigue ocupando) un territorio impresionante, que abarca un sector de Cerdeña y, ante todo, un área continental que corresponde a la Francia septentrional y meridional, con una notable prolongación en Cataluña; es cierto que resulta mucho más restringida la zona de AVUS, en lo esencial alpestre (véase la edición revisada del *REW* de Meyer-Lübke, nos 823 y 839, para una primera impresión de conjunto). Si de todo ello sacamos la conclusión de que AVIA (y, a su zaga, ¿también \*AVIUS?) sobrevivieron largo tiempo en España y Portugal (y, a lo mejor, representan los respectivos puntos de partida de *ayo* y *aya*, que terminaron por independizarse en lo semántico<sup>15</sup>), entonces

<sup>15</sup> No me exployo aquí sobre las peripecias de *ayo*, *aya* por haber acumulado ya todos los materiales y argumentos esenciales J. Corominas en el t. I (1954) de su *Diccionario crítico etimológico...*, p. 343 *ab*, donde se apoyó en un magistral estudio (medio escondido) de H. Schuchardt. Explicó de manera muy convincente por qué *aya* que, a juzgar por el análisis interno, debió de preceder a *avo*, sin embargo asoma mucho más tarde en el inventario hecho a base textual. Sabido es que Diez, Meyer-Lübke y Gamillscheg apoyaban con unanimidad la derivación de *ayo* de una base gótica, a saber \*HAGJA 'guardián', oponiéndoseles con igual ahínco Carolina Michaëlis de Vasconcelos, Elise Richter y, como ya nos consta, Hugo Schuchardt. Los *it. aio*, *aia* representan un par de transparentes hispanismos tardíos.

convendría tomar en cuenta las peripecias del sufijo diminutivo -ŪLU (-ŎLU) y, más especialmente, las de su variante -IOLU que se desprendió de voces como FĪLIOLU, base que — según ya nos consta — se ha conservado espléndidamente en los romances (esp. ant. *fijuelo*, mod. *hijuelo*, it. *figliuolo*, fr. *filleul* — este último dotado de un significado innovador, el de ‘ahijado’). Hace largo tiempo ya, los romanistas convinieron en que FĪLĪOLU pasó a convertirse en latín coloquial en /filjōlu/ a tono con una fuerte tendencia antihiática; amalgamadas en la etapa siguiente la /l/ y la /j/ ora en una lateral palatal /λ/, ora en una prepalatal sonora /ʒ/ — alternativa de desarrollo altamente característica del castellano —, la /ð/, en seguida /ɔ/, se prestó a la diptongación en /we/, que en efecto se observa en *fijuelo*, -a así como en sus equivalentes que brindan los otros romances; y, dada la comprobada boga del tal sufijo diminutivo o hipocorístico en la Edad Media<sup>16</sup>, no es de extrañar que esta forma clara y fácil de pronunciar se haya propagado a voces como \*AVIOLA, aun si el segmento /vj/ de /avjola/ no se prestaba a ninguna amalgama ni remotamente comparable a la /ʒ/ de *fijuelo* — con tal que alguno que otro descendiente de AVIA, \*-IUS siguiese usándose de tal manera que -IOLA, -IOLU se destacaran con toda nitidez como sufijos de derivación. Ni siquiera es forzoso descartar por completo la hipótesis de que en aquel período muy remoto *aya*, *ayo* tenían variantes con la -v- etimológica conservada, siendo además permisible la sospecha de que todavía no se había producido la escisión semántica tan neta en lo actual ‘abuela’ — ‘institutriz’. Ni siquiera descarto la posibilidad de una larga supervivencia de AVUS, AVA.

Cualquiera que sea la validez de este argumento de «descomponibilidad» variable a lo largo del eje cronológico, conviene discutir otro factor, independiente de todo lo que se ha ido dilucidando hasta ahora: y es la posible — mejor dicho, altamente probable — intervención del habla infantil en el desarrollo (al parecer, irregular) de las voces. Desde luego, nadie niega la existencia de unas cuantas palabras de tipo y aun de procedencia infantil — voces de balbuceo («Lallwörter») según la etiqueta propuesta por los iniciadores de la lingüística general. Estas primeras generaciones de exploradores tendían a ver en tales for-

<sup>16</sup> De este asunto se han ocupado lo bastante F. González Ollé y D. Catalán, cuyos hallazgos cernió con acierto Jerry R. Craddock en la importante reseña que salió en *RP*: 19 (1965-66): 286-325.

maciones, fáciles de reconocer, unos ejemplos perfectos de la creación espontánea («Urschöpfung»), concepto, es cierto, atrayente pero también sumamente peligroso que en el siglo XIX dio un sesgo muy característico a las pesquisas de Hugo Schuchardt; a él suele acudir en la actualidad, ya con menos acierto, Juan Corominas. Pero dejando a un lado estos ingredientes anómalos en varios respectos, cabe contar con una clase de palabras híbridas: voces que siempre han pertenecido al patrimonio de los hablantes adultos pero que, por su contenido semántico (el mundillo del pesebre), también intrigan a los niños y que los adultos, previsiblemente, muchas veces adoptan en la forma simplificada y más expresiva que tienden a darles los niños. Los dos rasgos positivos del habla infantil a que aludimos a esta altura son la reduplicación (ingl. *daddy* 'papita', *mommy* 'mamita', *yo yo* 'juguete'; fr. *papá*, *mamán*; ruso *ded* 'abuelo', *tëtya* 'tía', *dyadya* 'tío'; hebr. *dod* 'tío', etc.) y la colocación de una consonante al principio de la palabra, con lo cual, en francés antiguo, *ante* 'tía', producto formalmente regular de AMITA, se convirtió en *tante*<sup>17</sup>; en inglés, el nombre de pila con matiz hipocorístico *Annie* 'Anita' se transformó en *nanny* 'niñera'; análogamente, de *uncle* 'tío' surgió una variante (peculiar del habla dialectal) *nuncle*; etc. En las varias etapas sucesivas del habla infantil no escasean, desde luego, ciertos rasgos negativos, p.ej. la aversión por algunos fonemas inherentemente difíciles de articular; la antipatía por determinados esquemas silábico-acentuales (p.ej., por el esdrújulismo); así como la marcada inabilidad de reproducir algunas sucesiones de fonemas — ora diptongos, ora nexos de consonantes.

Veamos cómo tales ideas, lanzadas por primera vez por Roman Jakobson en su conocida monografía de 1942 publicada en Suecia<sup>18</sup>, afectan a la estructura de nuestra familia léxica. No causará sorpresa enterarse, tomando como guía el diccionario etimológico de Meyer-Lübke, de que AVIA haya dejado en catalán en parte *avia* (que enlaza a las maravillas con el fr. ant. *aive*), en parte *yaya* (y a su lado el masc. *yayo*) que sencillamente representan *aya* y *ayo*, pero sin el extraño desvío semántico ca-

<sup>17</sup> Dada la distancia cronológica entre los dos préstamos, no es de extrañar que *ante* haya dado lugar al ingl. *aunt*, mientras *tante*, a su vez, se haya implantado como *Tante* en alemán, desalojando a *Muhme* excepto en estilo arcaizante.

<sup>18</sup> *Kindersprache, Aphasie und allgemeine Lautgesetze* (Uppsala 1942); reimpresso en *Selected Writings*, t. I: *Phonological Studies* ('s-Gravenhage 1962), pp. 328-401.

racterístico del español, con la doble ventaja de la reduplicación silábica y del segmento (semi)consonántico antepuesto a la *a* inicial del prototipo latino. En cuanto al contraste *avia*: (y)*aya*, confirma lo que ya hemos sacado en limpio con motivo de la discusión de RŪBEU 'rojizo': la mayoría de los grupos labial + yod se prestan a dos tratamientos paralelos — ora conservación de /vj/, etc., a veces con metátesis subsiguiente, como sucedió en portugués; ora reducción a /j/. La posibilidad que parece quedar excluida de la gama de evoluciones normales es la reducción de /vj/, etc. a /v/.

Tomando en cuenta todos estos factores, se vislumbra el desarrollo de AVUS/AVIA más o menos así. Lo probable es que, para restablecer la simetría altamente característica de ese sector del léxico los hablantes, muy conscientes de parejas como *tío/tía*, *suegro/suegra*, *cuñado/cuñada*, *primo/prima*, hayan extendido la *i* al género masculino, dando margen a \*AVIUS frente a AVIA. Nada obsta a la hipótesis de que, igual que en el caso de RŪBEUS, surgieran, aun en el habla adulta, las variantes \*avio/\*avia al lado de *ayo/aya*, prefiriendo los niños decididamente *ayo* a \*avio y *aya* a \*avia, lo que últimamente selló el triunfo de las formas más breves, con curiosa especialización semántica.

Desde luego habían de circular formas hipocorísticas comparables al al. *Opa/Oma*, al ruso *déduška/bábuška* (o *babúsyá*, *babúlya*). Es muy plausible la reconstrucción de \*AVIOLUS, \*AVIOLA en latín vulgar provinciano; pero es inexacto aseverar, sin más, que *avuelo* (la grafía medieval de *abuelo*), igual que el port. *avô* reflejan fielmente \*AVIOLU, mientras *avuela* y *avó* son los respectivos descendientes de \*AVIOLA. A tal formulación se oponen inequívocamente los datos de la fonética histórica, máxime en lo que concierne al portugués. Parece más sensato suponer que *-uelo/-uela*, sufijos que se habían desprendido de voces de contenido afín, como *fijuelo*, *-a*, así como sus equivalentes *-ô* y *-ó* en el Occidente de la Península, se hayan soldado al radical *av-*, preferible para los hablantes ya que ciertas soluciones lógicamente sostenibles, como \*ayuelo o \*avi(h)uelo, hubieran presentado dificultades insuperables para los niños de edad tierna.

Por si quedan dudas sobre la importancia casi universal de este factor del balbuceo infantil en el sector del léxico que nos ocupa, me atrevo a replantear el problema de la evolución de *āieul* en protofrancés. De aceptarse como norma la trayectoria de *rougeole* < \*RŪBEOLA (en el siglo XVI todavía *rougeule*; se

trata de un ajuste a la pronunciación de *vérole*, otro nombre de enfermedad) y aun de *rouge* < RŪBEU, así como de *cage* 'jaula' < CAVEA, rodeado de sus satélites en *-ot*, *-ette*, *-(er)otte*, la forma espontánea de \*AVIOLU debería ser \**ajeul*. Se repite el escenario que ya nos es familiar: la pronunciación /avjólu/, con su pesado nexa central /vj/, resultó muy difícil para los niños, que tendían a acudir a la alternativa /ajólu/, transparente base de *äieul*<sup>19</sup>. En resumidas cuentas, de ambos lados de los Pirineos prevaleció un modo de pronunciar el nombre del abuelo fácil para los niños durante su período de aprendizaje, ora /ajólu/, ora /av + welo/, pero de ninguna manera una variante con /vj/ o /(v)ž/. Y por todas partes la 'abuela' precedía al 'abuelo'.

Los dialectos españoles de ambos lados del Atlántico muestran, como era de esperar, gran número de formas dialectales: *agüelo*, *-a*; *buelo*, *-a*; *güelo*, *-a*, que desde luego encierran varios problemas interesantes; así, *buela* está en la encrucijada, por decirlo así, de dos tendencias poderosas, la aféresis que empuja el sintagma *la abuela* en la dirección de *la buela*, y la preferencia de las criaturas por palabras de consonante inicial, volviendo la 'abuela' a allanar el camino al 'abuelo' aun en este pormenor. Pero estas variantes, y algunas otras por el estilo (p. ej. *güilo* en el asturiano de Lena, *guala* en otro rincón de Asturias, *abó* frente a *aboa* en Galicia), a decir verdad, no arrojan mucha luz sobre la prehistoria de la voz, representando más bien ramificaciones, en parte notables, de fecha marcadamente tardía. Además, se pueden sacar ciertas conclusiones limitadas, en lo que toca a la estratificación cronológica, del comportamiento de la vocal protónica *o* en los derivados, perteneciendo desde luego *abolengo* y *abolorio* a una capa más arcaica que *abuelastro*, con el diptongo *ue* ya en control de una sílaba no acentuada.

Así y todo, para el preludeo quizás sea más instructivo prestar atención a los materiales que se han recopilado en otras zonas de habla romance — ante todo, pero no con exclusividad, en la inagotable veta de los dialectos italianos. Nada más precioso,

<sup>19</sup> No deja de ser notable que la toponimia francesa haya conservado el tipo léxico *Chaye* como doblote de *cage*; el prototipo de *chaye* ha de ser /kaja/ en lugar de CAVEA. Pero me alejo de los compiladores del excelente *Nouveau dictionnaire étymologique et historique* lanzado por la editorial Larousse cuando, después de señalar *Chaye*, hacen constar que *cage* ha de ser préstamo a otro idioma o picardismo; prefiero ver en la /k/ inicial de palabra el efecto de una disimilación consonántica, como en los esp. *playa*, *plaza*, cuyo nexa *pl-* no cambia en *ll-* /λ/.

para el estudio de la reduplicación, que el testimonio de *lolo* del antiguo boloñés así como el del napol. *vavone* y, ante todo, el de la metamorfosis de *unchiu* < AVUNCULU 'tío' (conservado por los rumanos) en *kunku* o *konko* (en varios romances). Para la observación de la aféresis es recomendable reparar en el cat. *blonco* < AVUNCULU 'tío' con la dislocación de la *l* de la desinencia diminutiva como en el dendrónimo it. *pioppo*/esp. *chopo* < PŌ-PULU); ilustra la aglutinación del artículo por un lado el dálm. *naul*, ya recogido por Bartoli; y, por otro, el lomb. *laf* al lado de *af* y *au*; demuestra la acción terapéutica de la composición el genov. *mesy-au*; tanto hacen saltar a la vista el influjo del 'abuelo' en el 'nieta' el fr. dial. (Lorrena) *avelet* como el ingl. *grandchild* frente al fr. *petit-fils*; etc.

Parece, a primera vista, que la proliferación de formas dialectales haya sido mayor en otros sectores de la Rumania que en España. Quizás se trate de mera ilusión: ello es que disponemos de un verdadero tesoro de variantes que recogió, ya en 1895, E. Tappolet, a exclusión explícita del español y del portugués, peligroso desequilibrio agravado más tarde por el previsible sesgo paralelo de su crítico mejor informado Carlo Salvioni. En los hallazgos de estos dos eruditos se apoyaba principalmente Meyer-Lübke al compilar la primera edición de su diccionario (1911-20).

Pero Meyer-Lübke no era tan ingenuo como para no darse cuenta del grave riesgo que se corría descuidando el material hispánico. Al registrar el comparatista de Viena *äueul*, *avuelo*, *avô* y los occ. *aviol/aujol* se le deslizaron algunos errorcillos, eso sí; pero su ojo de lince le hizo reconocer en seguida el núcleo de la dificultad: «Die Lautentwicklung ist auffällig im Französischen, wo -v-, im Spanischen und Portugiesischen, wo -i- fehlt» (§ 830)<sup>20</sup>. Creo no equivocarme al postular que lo que nos incumbe llevar a cabo no es solo llenar, con un retraso de noventa años, la lamentable laguna que dejó el benemérito Tappolet — suizo a quien desorientaba la complejidad del lejano mundo luso-hispánico — sino también reconciliar estas exploraciones del mundillo infantil con los recientes avances de la lingüística general.

YAKOV MALKIEL

University of California, Berkeley

<sup>20</sup> La dificultad ya fue puesta de relieve por Adolfo Mussafia en su estudio clásico «Osservazioni sulla fonologia francese», *Romania*, 18 (1889): 529-50, con un breve epílogo de Gaston Paris.